

UNA INFLUENCIA ESPAÑOLA EN LA ARQUITECTURA NORTEAMERICANA

Del discurso leído por el señor don Modesto López Otero en el acto de su recepción pública en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el día 16 de Mayo de 1926.

No la manía ni la moda, como se ha dicho, ni siquiera una preocupación curiosa, sino una necesidad lógica y fatal ha obligado en la trasguerra a las inteligencias, todavía conmovidas, a procurarse una revisión ordenada de todos los valores de la actividad humana en estos últimos tiempos.

Para nosotros, sería interesante disponer de una sinopsis de la producción arquitectónica presente, definida y clara en sus relaciones y antecedentes. Es difícil conseguirla, por la diversidad y constante actualidad de las manifestaciones, no muy susceptibles de esquematizar y clasificar.

Pero sí puede fijarse, desde luego, sobre un fondo de disconformidad con aquel infecundo y versátil eclecticismo individual de gran parte del XIX, una afirmación cada vez más intensa de anhelo de personalidad, de propia convicción y consecuencia en el rumbo emprendido, contenidas, en general, en una de estas dos tendencias opuestas: las *adaptaciones y derivaciones* de raíz pretérita, peculiar, y con sentido localista, y las *nuevas arquitecturas*, cada vez más aceptadas y progresivas por la aparición de recientes estructuras y por imposiciones de orden estético y social.

Al tratar de organizar aquel cuadro, y entre las adaptaciones de estilos tradicionales, nos atrae y seduce primeramente—al extremo de abandonarle—una de estirpe hispana, de gran interés para nosotros, y, sin embargo, muy poco estudiada. Me refiero a la obra de los arquitectos norteamericanos, conocida en total, aunque impropriamente, con el nombre de *estilo misiones* y sus consecuencias.

Tal es el tema de este pequeño trabajo, del cual

he de advertir, antes de pasar adelante, que no es otra cosa sino un ensayo sin pretensiones críticas, o mejor, una recopilación de impresiones, apuntes y comentarios, sugeridos al hojear algunos libros y revistas americanas de la biblioteca de mi Escuela, la mayor parte del donativo Cebrián—nombre que en los labios de un arquitecto español de hoy significa gratitud y devoción—, y reunidos con el método posible en quien, como yo, no está acostumbrado a hacer discursos.

El asunto me ha parecido además de oportunidad, ya que en la hora presente las cosas de América figuran en nuestra diaria atención, siquiera ésta siga siendo todavía superficial y externa, por la pereza o indiferencia, a no estudiar debidamente la historia, los problemas y las realidades de aquellos países, sin lo cual toda relación y aproximación no puede ser ni íntima ni perdurable.

Aunque el hecho tenga explicaciones que no son del caso, un profano se sorprendería al observar cómo las modernas manifestaciones en arquitectura han tenido su campo de floración en las viejas naciones centrales de Europa. Los propagandistas, en obra y doctrina, de las más recientes teorías revolucionarias, son arquitectos de ambiente tradicional, ciudadanos de Viena, de Praga y de Amsterdam. Por el contrario, en el país norteamericano, casi sin tradición, con hombres nutridos en la invención y la audacia, existen los más fieles y exactos cultivadores de las formas clásicas, en su amplio concepto.

Cierto es que las incomparables estructuras de los rascacielos no tienen antecedente; pero están creadas al fin para ser vestidas con formas euro-



peas de todas las edades. Los americanos han encontrado en ellas soluciones para sus problemas, suficientes para dar fisonomía a sus ciudades, pero no bastantes para crear un nuevo estilo. Su ideología es además bien distinta de la de las novísimas tendencias. Conocido es el comentario de que los americanos se han quedado a la mitad del camino, que los alemanes y holandeses tratan de rendir triunfalmente.

Estos arquitectos americanos producen sus obras de carácter universal de un modo científico, con una prodigiosa perfección, consecuencia de una educación completa y exquisita. Nada se ha hecho más formalmente dórico que el monumento a Lincoln en Wáshington, de Henry Bacon, síntesis, como matemática, de todas las purezas del estilo.

Pero, además de este modo intelectual, cultivan con verdadero amor otro sentimental, en adaptaciones derivadas de lo que ellos consideran sus propios estilos tradicionales.

En la historia de la arquitectura norteamericana, se representa la tradición por dos períodos: el colonial, que comprende los siglos XVII y XVIII, y el nacional, comenzando con la libertad del país, en los estilos que en Inglaterra son dependientes de Jones y Wren, y entrando en el siglo XIX, al compás de la misma actividad europea.

Se incluye en el primer período la fase colonial española. Comprende la arquitectura de los territorios de Nueva España, anexionados al mediar el pasado siglo. Es, realmente, un capítulo de la Historia del arte hispanomejicano, que los americanos sajones no han dudado en hacerlo suyo, sirviéndoles, con una intención nacionalista, para conseguir uno de los más interesantes resurgimientos modernos.

Para crear este *estilo*—que ellos lo consideran y difunden como tal—, los arquitectos de California, país en donde principalmente nace y se desarrolla, han analizado afanosamente, con la avidez de los antiguos buscadores de oro, los restos y ruinas de nuestra dominación; juntamente con otros arquitectos bostónianos, han evocado la gran arquitectura virreinal del centro del continente, y todos van transportando y traduciendo temas de la propia Península, dando lugar a una evidente manifestación de influencia española, en una gran arquitectura extranjera, con extensión e intensidad que no tiene entre nosotros precedente.

Aunque tal es el orden de aparición de esta labor adaptadora, no se trata realmente de un proceso evolutivo en el que las fases sucesivas viven, engendran y perecen. Las manifestaciones son hoy simultáneas, aunque el propósito parezca una progresiva innovación de la fase inicial.

La importancia del estilo misiones está reconocida en toda clasificación de la producción arquitectónica actual en Norteamérica. Así, una cualquiera moderna—Reilly, por ejemplo (1924)—nos dice cómo, además de la inspiración en Alemania, tributo del vencedor al vencido, de la escuela neogótica, de la muy directa influencia francesa, representada por Thomas Hastings y Paul Cret; de los escasos continuadores de Louis Sullivan, de la obra colonial inglesa, encantadora y delicada, de Aymar Embury, “aparece espléndida la de California y el Sur, inspirada en las misiones españolas”.

Para las fuentes de conocimiento del tipo generador, tenemos que acudir a los mismos americanos. Es lamentable reconocer cómo, a pesar de que el aspecto más sugestivo de la acción civilizadora de España en América es el desarrollo de su arte, mejor dicho, de su arquitectura, cuyo conjunto, implantación y desenvolvimiento sostiene una comparación con los de la conquista romana, apenas ha llamado nuestra atención. En el siglo XIX, casi nadie se ha ocupado de ella, al menos en sentido específico; aun hoy, no son los libros españoles los que la analizan y divulgan, y eso que no pueden estudiarse los estilos españoles del renacimiento y del barroco sin contar con la frondosa rama ultramarina.

El amado maestro Lampérez no la incluye ni en su *Arquitectura Civil*, ni en el apéndice de la



Cristiana. El libro de Otto Schubert resulta incompleto al incurrir en aquella ausencia. Algunas historias de arte de intención didáctica la dedican una página; otras, ni siquiera la mencionan.

Solamente Lampérez trazó en una conferencia el esquema de tal arquitectura; pero, según él mismo advirtió, no pasaba de ser un esbozo y un estímulo.

Más atención la han prestado los hispanoamericanos. Arquitectos como Mariscal, en Méjico; Noel y Guido, en la Argentina, y sus seguidores; arqueólogos y eruditos como Revilla, Díaz Barroso, el Marqués de la Frontera, etc. Pero los verdaderamente interesados en la empresa son los americanos del Norte. Al frente de todos figura Sylvester Baxter, con su monumental *Spanish Colonial Architecture in Mexico*. Le acompañan otros en legión. Así, la escritora Mary Gordon trata minuciosamente la pintura y la escultura de Nueva España. Polley y Montgomery extienden su labor a Cuba y Puerto Rico, no dejando por analizar ningún lugar ni monumento del arte de la dominación.

Añádase constantes artículos en revistas profesionales, y puede decirse que ellos son los que están escribiendo la historia de la arquitectura colonial española, especialmente en el virreinato del Norte, con el mismo interés y entusiasmo con que pudiéramos hacerlo nosotros mismos, ya que de un arte nuestro se trata.

El que quiera penetrar en el conocimiento de las misiones en el Méjico yanqui y en California, también tendrá que entregarse casi exclusivamente a los mismos norteamericanos. Aunque advirtiendo que la labor de éstos es dispersa, incompleta como sistema y fragmentaria. Abundan las descripciones más o menos documentadas, sin una gran intención crítica, por lo que a la arquitectura se refiere. Algunas son monografías publicadas por Comisiones y Sociedades. En todas se hace notar la falta de una visión razonada de conjunto en sentido general; pero en cambio van acompañadas de detalles abundantes, planos y grabados magníficos, que con los demás datos puede cualquiera deducirla por sí mismo. Estas misiones españolas han sido objeto también de copiosa literatura. Los poetas han cantado románticamente sus ruinas y evocado la vida heroica de sus fundadores.

Las bases de tanto trabajo han sido y son: La investigación personal directa de los restos y ruinas, la del P. Mestres, por ejemplo, y la de grupos de arqueólogos, que dan lugar a ediciones tal como la descriptiva de la misión de San Carlos Borromeo, publicada por la *California Historical Survey Commission*. Las relaciones escritas de los frailes de las misiones y de los exploradores contemporáneos, como el navegante francés Laperouse y el inglés Vancouver. Los planos, dibujos, sketches y aun fotografías, antes de la destrucción total; y finalmente, los documentos de los archivos religiosos de los Obispos y de las Ordenes monásticas, y los archivos civiles de los Estados. Nosotros podríamos completarlos con los estudios de carácter histórico, escasos, pero notables, de ciertos eruditos españoles, y otros inéditos, procedentes de nuestros archivos, el de Indias, especialmente.

Una información correcta exige mencionar el origen de la adaptación antes de analizar, siquiera superficialmente, las particularidades formales y dispositivas que de ella puedan interesarnos.

Para la derivación de tipo elevado, basta enunciar, por conocidas, la organización y la esencia tan metropolitanas del glorioso dominio virreinal. Para el tipo menor, no es posible renunciar a unos instantes de recuerdo de la expansión misional, menos sabida y brillante, pero de valor positivo en la conquista mejicana. Esta tiene, como se sabe, un vario y simultáneo carácter místico, guerrero, aventurero, diplomático, integrando un solo objetivo políticorreligioso de posesión insaciable de almas y territorios. La finalidad evangelizadora es conseguida por los frailes que acompañan a las grandes expediciones, y más frecuentemente por un grupo reducido de ellos, al que no siempre protegían unos cuantos soldados, tan audaces y abnegados como los frailes mismos.

Tal agrupación de propósito dominador, civilizador y catequista, a la vez templo, monasterio, asilo, colonia y escuela, es una misión, nombre que se extiende al conjunto de edificios que levanta apenas consolidada y admitida por los indígenas. En su arquitectura se inicia la adaptación moderna.

El principio de las misiones es pobre y humilde; pero el final de las que sobreviven a las revueltas de los indios es rico y poderoso. Su apogeo coincide precisamente con el comienzo de la decadencia del Imperio español. Las revoluciones y la política del ya independiente Méjico, y luego la secularización, las anula completamente. Así, cuando los norteamericanos consuman la anexión del Oeste, las misiones, como tales agrupaciones religiosas, habían casi desaparecido.

Los jesuitas, los franciscanos y los dominicos son los misioneros de Nueva España. El vasto y casi siempre adusto campo de su máxima actividad es principalmente el norte de este territorio: el nuevo reino de San Francisco, según le bautizó el P. Marcos de Niza. Comprende, más o menos exactamente, lo que en la división política actual de la Gran República son ambas Californias y los Estados de Texas, Nuevo Méjico y Arizona.

Las primeras de estas misiones son del final del siglo xvi; la última, establecida en 1824, es la de San Francisco Solano, en la alta California. Durante estos dos siglos son numerosas las fundaciones: unas han desaparecido totalmente; de otras quedan las ruinas, y las menos han podido

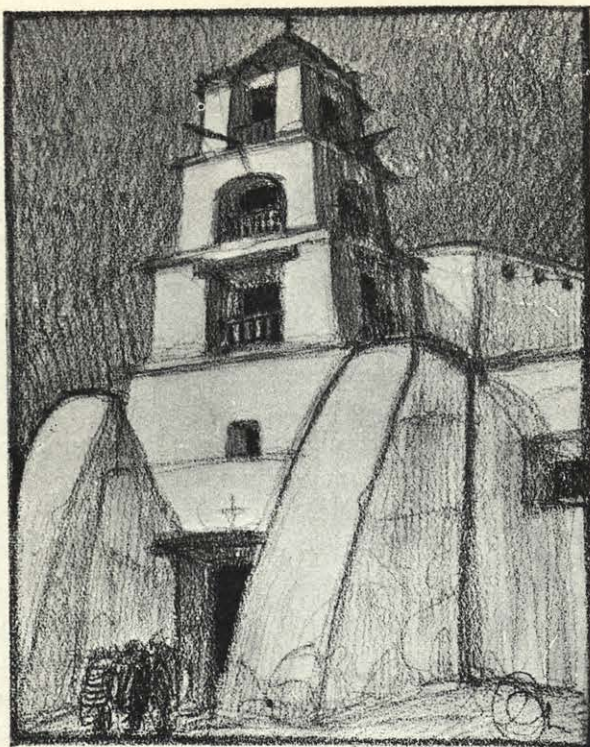
ser restauradas—supliendo muchas veces la intención al acierto—por filántropos y Sociedades.

Forman agrupaciones independientes, construídas por frailes de diferente Orden. La más importante y pródiga en temas y motivos es la serie de las veintiuna misiones edificadas por los franciscanos desde San Diego a San Francisco, bajo la cabal autoridad del P. Junipero Serra. Este fraile mallorquín, austero, ordenador e idealista, energía paralela a la del otro gran franciscano Cisneros, simboliza entre los Westman el espíritu misional y propiamente nacionalista. Así, lo admiran y reverencian ante los dos monumentos erigidos a su memoria: uno, en el Golden Gate Park, de San Francisco; otro, en Monterrey, por Stanford, el millonario.

Aquella serie está dispuesta en un curioso contacto estratégico, obligado por la conveniencia de organizarse y protegerse ante el frecuente levantamiento de los indígenas. Cada fundación es como el eslabón de una inmensa cadena tendida sobre el Camino Real, a lo largo de la costa californiana. Son las más famosas y predilectas: San Diego de Alcalá, San Carlos Borromeo, Santa Bárbara, San Fernando, Rey de España...

Todas las misiones son semejantes, como organizadas para un mismo fin, constituyendo una verdadera singularidad arquitectónica, pero con ciertas variantes. Así, la época pone su acento, al menos en lo externo. Tengo a la vista la fotografía de una de las primitivas fundaciones, la de Tomé, en Nuevo Méjico, en la que se advierten reminiscencias góticas. La fachada de la misión de Santa Bárbara, la más importante de la última etapa, es de una buena intención neoclásica. Entre ambas se suceden derivaciones de todas las fases barrocas del fecundo período mejicano.

La regla religiosa impone también ciertos matices; pero es, sobre todo, la estabilidad, dependiente del éxito de la propaganda, la que influye en su relativa perfección e importancia. En ningún caso preténdase encontrar refinamientos ni purezas. No lo lograron la falta de maestría del arquitecto—un fraile profano en el oficio, que alternaba seguramente la tarea edificadora con la persuasiva—, ni la celeridad en levantar la fábrica, ni la pobreza de materiales—arcilla, agua escasa, rara vez piedra, madera poco apropiada—, ni la impericia de los artífices auxiliares—otros



frailes e indios conversos—, ni la escasez de medios y subsidios. Importaba mucho más la rapidez en erigir el templo del culto naciente que la consecuencia estética, siempre a salvo de la apreciación rudimentaria de los indígenas.

Lo resultante no es ni podía ser un estilo, como amorosamente lo califican los amigos de la misión. El esfuerzo constructivo de los frailes y de sus toscos colaboradores no podía traducirse en la gestación y evolución de formas originales para constituir un estilo propiamente tal.

La arquitectura misional es sólo una deducción del estilo superior urbano o ciudadano que, al descender al plano rústico, transforma sus valores en otros propios de su fusión con la Naturaleza—elementalidad de estructura, crudeza de materiales, simplicidad de formas, organización francamente preferente de lo utilitariamente dispositivo.

Pero entre todo esto tan plebeyo se destaca la aspiración de la nave del culto, imitando al gran templo: doble torre, composición frontal, algunas veces cúpula; remedo torpe e ingenuo, de plástica degenerada, dando lugar a esa expresión patética—distancia entre el esfuerzo y lo conseguido—, quizá el más importante valor emocional que puede ofrecernos la obra edificadora de la misión.

Por ser la finalidad común, el programa también es semejante. Comienza por una cabaña, una campana colgada del tronco de un árbol, una cruz hincada en el suelo. Cimentado el dominio, se desarrolla en tres grupos de construcciones: el templo, la vivienda misional y colonial y el cementerio. Una planta libre, por agregación de estos tres componentes—alguna vez el cementerio aparte—, y unidos con la posible regularidad. Las monografías de San Xavier del Bac, en Arizona, y de San Carlos Borromeo, en la Cadena Californiana, ofrecen el estudio más completo de disposición, que es, al fin, un recuerdo de la medieval monástica.

Por aquella permanencia o estabilidad pueden resumirse los dos tipos:

Las misiones de las zonas reacias y rebeldes son de tapial o adobe, de masas toscamente geométricas, espesas y cerradas, desnudas de toda molduración y ornato. Sus volúmenes desplomados, de una impotente rusticidad, con aspecto de fortaleza, están fabricados por el sistema de los poblados indígenas. Son las misiones de choque, de avanzada, con una imposición defensiva y una vida mínima, que no podían ser estimadas como modelo normal de la adaptación.

Este se ofrece en las otras misiones consolidadas. Completas de organización, pensadas ya sin el apremio de la inseguridad y del peligro. De ordenación y estructura más regular, amplias, extendidas, de expresión acogedora y apacible, con sus masas blancas apenas protegidas por un débil cerramiento, serenamente tendidas sobre la planicie o sobre una eminencia del valle. Su vida, confiada e intensa, se desenvuelve con la máxima complicación. Aventureros, ya transformados en agricultores, o aun soldados, y de indios sometidos y conversos, constituyen la colonia explotadora de campiñas y ganados, gobernada por los frailes, al mismo tiempo maestros del idioma y del dogma, sacerdotes del culto y amparadores del caminante, amenazado de toda clase de peligros.

El programa es completo: amplio recinto; dentro, el templo de planta rectangular, rara vez con crucero. Crujías de una sola planta, encuadrando un gran espacio central—corral o patio—, conteniendo las viviendas de los misioneros y de los colonos, cuadras, depósitos, graneros, escuelas y

refugio. El cementerio, alguna vez con capilla mortuoria.

Al contemplar estas misiones, nos emociona su semejanza en disposición y alzado con los cortijos andaluces de los siglos XVII y XVIII. Hasta las torres de cuerpos escalonados—que aquí sólo se proponen imitar los templos metropolitanos—recuerdan la almazara, la torre de la viga del molino cortijero.

Se piensa en una preocupación de los fundadores por reproducir el cortijo, verosímil, dado el frecuente envío de trazas y planos, y en atribuirle el origen de la misión.

Más exacto parece considerar a ésta como sucesora de los rústicos conventos coloniales comprendidos en la gran importación extremeña y andaluza—todavía por estudiar—, además de que tales conventos y el cortijo tienen un común origen, bien español por cierto: la clavería o granja monástica de la Edad Media, cuya raíz está en la villa romana. Tienen una misma finalidad positiva: la explotación de un latifundio, y una misma filiación estética: los estilos—barrocos, especialmente—, que viven al mismo tiempo en las dos Españas, la Vieja y la Nueva; pero con ciertos caracteres de fondo espiritual en la misión que constituye su personalidad. Hispana, desde luego.

Tal es, apenas esbozada, la arquitectura que los americanos sajones descubren cuando entran a gobernar el Oeste, llevando en su bagaje, segunda vez civilizador del país, la arquitectura de madera de Nueva Inglaterra. Hombres de realidades y de ideales, la abandonan prontamente ante la imposición del suelo y la tradición, aun no extinguida en las ruinas misionales.

De este modo, espontánea y lógicamente, se inicia la adaptación, que más parece una fase continuadora y evolutiva, ya que la actividad de la nueva residencia tiene un cierto enlace de objetivo material con la antigua colonia, y apenas la separan cincuenta años.

La planta, amoldada a la nueva vida, tiene comunidad dispositiva: adhesión libre, de espacios rectangulares, engendrando casi siempre un patio. Y en elevación, juegan los mismos elementos: raramente torres de cuerpos en disminución; muros lisos y desnudos (allí, de gran espesor y contrafuertes por debilidad del material y peligros sísmicos; aquí, atenuados hasta lo justo por ma-

yor resistencia de los componentes). Parquedad de huecos, desguarnecidos, de dintel o de arco de medio punto. Concentraciones ornamentales en el hueco principal o en hastiales de movido contorno. Silueta de tranquila horizontalidad, alguna vez alterada por la espadaña del campanario. Las campanas que regulaban la vida de la misión, interesan de un modo extraordinario a los adaptadores. Uno de éstos, el arquitecto Bertón, ha colocado en el patio de uno de los grandes hoteles del estilo—el Glenwood Mission, de Riverside—una espadaña con una sonería; todos los días, los viajeros escuchan con mística complacencia los toques que reunían en oración a frailes y colonos. La cúpula, humilde, de brillante cerámica, o revestida del tezontle azteca, que era llamada por los indios en sus cantos *lucero de la mañana*, no es muy frecuente, por la índole misma de la planta. Arquerías en los patios, como claustrales, de medio punto, sobre pilares cuadrados. Cubiertas poco inclinadas, de teja árabe; aleros sencillos; sobrios interiores de viguería, alguna vez abovedados.

Las características de la obra de estos arquitectos educados en la perfección sajona es el propósito de la fidelidad, acompañada de corrección, limpieza y finura en la labor obrera y un mayor orden y equilibrio en la traza del conjunto, a costa del encanto, de la ingenuidad, la gracia y la fuerza del modelo.

Puede afirmarse que el estilo misiones, en este su primer período, es una adaptación admisible y loable, española de origen y de un futuro amplio y venturoso.

Así, de este modo, las viejas formas, aceptando los nuevos tiempos y los nuevos dominadores, se acomodan fácil y rápidamente a la *farmhouse*, la casa de labor moderna del Oeste. Después, a las residencias que se extienden no sólo por aquel territorio, sino también por la Florida y casi toda la costa atlántica. Unas son pequeños *cottages* y *bungalows*; otras, como grandes palacios, rodeadas de parques inmensos. Y si no resucita con ellas lo místico y heroico de la misión, son lugares de reposo y de placer de luchadores intelectuales y poderosos.

La fuerza expansiva del movimiento es suficientemente grande para invadir—con ciertas concesiones—y después de la primera conquista rús-

puración—de lo más hondo y sazonado del carácter.

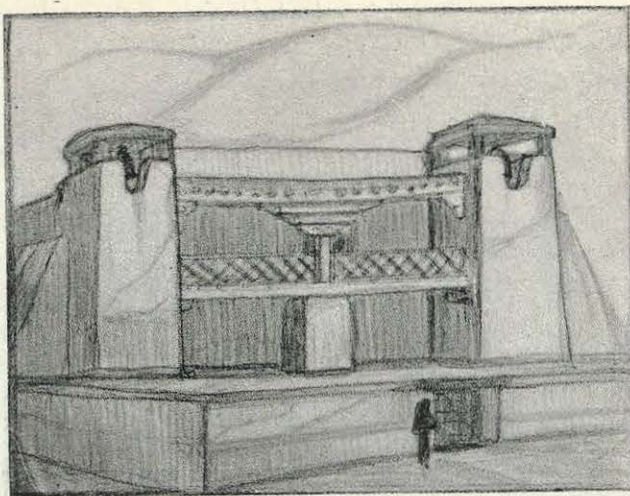
Así corrigen y enmiendan estos arquitectos de estudio y método a la torre nieta del alminar, de un sereno y macizo cuerpo fundamental y un remate escalonado de vigoroso esplendor. A las composiciones frontales rebosantes de imaginación y fogosidad. A la cúpula pueblana, sin tambor, atrayente de luminosidad, de perfil ampuloso y característico. Todo enlazado con brío, majestad y potencia en el original, y con ordenada y correcta frialdad en la transcripción.

Goodhue ha sido su intérprete más feliz y fecundo. Se llegó a alcanzar el apogeo en la obra suprema de este arquitecto, no ha mucho tiempo fallecido para desventura de la escuela: la Exposición de San Diego en la Panamá California International Exposition. Es un conjunto soberbio de puertas y palacios, grandes y pequeños, con temas virreinales—Méjico y Puebla, principalmente—al borde de un tajo—Cuenca, Ronda y tantas ciudades españolas—con elevados muros y contrafuertes como una blanca villa fortificada, que Eugen Nehaus compara, un poco alejado de la realidad, “con un vasto y privado estado de un grande de España”.

De tal conjunto, *lo más perfecto* es el llamado palacio de California; se aparece como una laica catedral, en la que ya se inician inspiraciones peninsulares directas. Su fachada es una espléndida fantasía barroca, no a la manera brava y libre de los hispanos maestros de Tlaxcala y Querétaro, sino con la amórosa minuciosidad, la ponderación y la serena delicadeza que guía la mano de estos artistas norteamericanos.

Nos detiene un instante la composición de su portada. En ella está expresada, como en un retablo, la edad heroica californiana, con las figuras de Cabrillo y Vizcaíno, los aventureros capitanes de las dos famosas expediciones; frailes, maestros y monarcas, presididos por la seca efigie de Junipero Serra, siempre como símbolo de la primera civilización del Oeste, y con el que parece afirmarse la permanencia del espíritu castellano a través de todas las mudanzas y a pesar de todos los abandonos.

No se desdeñan, aunque no sean frecuentes, otras importaciones, como el plateresco, el clásico herreriano del comienzo y el academismo del final de la dominación.



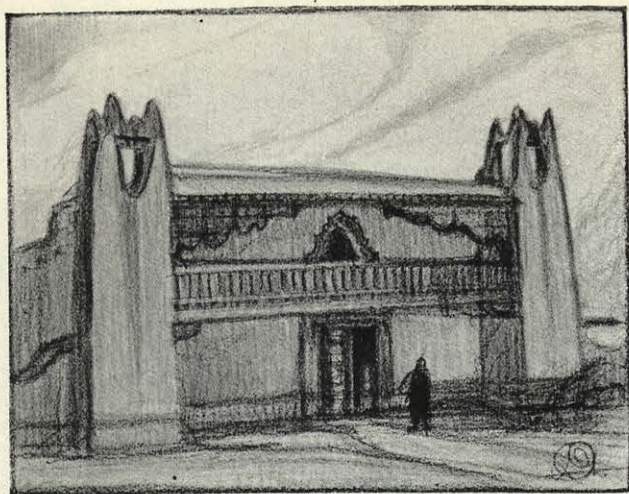
La etiqueta de *estilo misiones* puede ser reemplazada en esta segunda fase por la de un *resurgimiento hispano virreinal*.

Más que a la ley del cansancio de las formas, obedeciendo al impulso retrospectivo, y por la ruta genealógica ya iniciada, los adaptadores se encaminan al origen peninsular de los estilos coloniales, buscando en la misma España nuevas inspiraciones: por el juego y desarrollo de temas integrantes de todos los estilos renacentistas—y aun medioevales—y por el cultivo de los arquetipos. La adquisición de estos nuevos valores aumenta el caudal de formas. El filón es abundante y fácilmente explotable. Lo resultante ya no puede llamarse *estilo misiones* ni *hispanovirreinal*, sino *español*, con toda la impropia vaguedad del título. Sus características técnicas son las mismas de las fases anteriores.

Un patriotismo superficial e impresionable, bien dispuesto a las exaltaciones pretéritas, sean como sean y vengan de donde vinieren, aceptaría jubiloso esta orientación de los arquitectos californianos. Pero unos minutos de reflexión y serenidad le harían ver cómo tanta resurgencia halagadora va acompañada de violencia, adulteraciones y vilipendio, aunque de buena fe, y con la sola intención de forzar y acentuar las expresiones, de ensalzar la procedencia del estilo, amado ya como nacional, y de ofrecer originalidades sin rompimiento de la disciplina histórica.

Tales aberraciones se producen:

Mutilando el conjunto de un tipo superior para repetir después el trozo capital, aisladamente o resaltando sobre un fondo inadecuado, generalmente de sabor misional. Ejemplos: el Palacio



de la Minería en la Exposición de San Francisco, que copia la portada del Hospital de Santa Cruz, de Toledo, acompañada de otra composición en nada plateresca. El patio de Zaporta, hidalgo y urbano, incrustado en una *farmhouse* típicamente rústica. Destrucción de la individualidad y del destino; ofensa al reposo de tiempo y de lugar.

Mezclando en un mismo organismo estilos diferentes, agravada la mezcla por la preferencia en la reproducción de los elementos genuinos. Ejemplo: la principal iglesia presbiteriana de Santa Bárbara, en la que aparecen en abrazo intolerable la torre plateresca del palacio salmantino de Monterrey y otras copias barrocas de etapas diferentes. Desprecio de los valores armónicos y predilección del encanto espectacular al respeto por la unidad de conjunto.

Creando composiciones híbridas, como resultantes de la traza específica de un estilo, tratada con manera y técnica de otro diferente. Ejemplo: una puerta interior de cierto gran hotel de viajeros, que es la puerta de la Coronería de la Catedral de Burgos, íntegra de proporciones y lineamientos, pero nutrida de ornato barroco. Conformidad con lo monstruoso, a cambio de un intento de originalidad.

Aceptando mixtificaciones de suministro francés e italiano principalmente, como asuntos españoles. Falseamiento del verdadero carácter por la posesión incompleta y superficial de nuestra arquitectura, con la consiguiente adulteración del resultado.

El propósito rectilíneo y claro del comienzo, de intención bien definida, se ha disuelto, al com-

plicarse, en una perniciosa confusión. Sus causas, el desequilibrio entre el gran interés, casi entusiasmo, de estos arquitectos y lo incompleto del sentimiento y conocimiento de los focos originales.

Su obra podrá sufrir la censura y hasta el reproche de los criterios modernos, por el fondo de anacronismo propio de toda adaptación. En efecto, y después del lógico y espontáneo renacimiento de las formas rústicas misionales, aquella actividad es arrastrada por el espléndido y cautivador panorama de las arquitecturas ascendientes, prefiriendo los goces de sus frutos ya maduros a las inquietudes y preocupaciones que supone toda transformación innovadora. Se hace retrógrada, investigadora y cómodamente conforme, en vez de progresiva, inquieta e imaginativa.

Pero no podía suceder de otro modo, ya que al temperamento, hasta en la misma hora presente admirativo y conservador de sus iniciadores, se unían el eclecticismo retrospectivo de la época, todavía no propicia a renovaciones que apenas clareaban en Europa, de lenta gestación además, incompatible con la fuerza rápidamente pobladora de los nuevos dominadores.

Con todos sus defectos, tiene para nosotros un interés inestimable: por española y por su constante crecimiento de un futuro ilimitado.

Ocurre—aunque no sea frecuente—en las naciones hispanoamericanas, a pesar de las protestas de confraternidad, tan correspondidas por nosotros, admitir y aun aplaudir todo lo que suponga eliminación o atenuación del espíritu ibérico. Así, esta publicación oficial del Estado mejicano, en la que el doctor Alt atribuye, entre otras inexactitudes, todas las bellezas del barroco nacional a procedencia directa o indirectamente italiana, sin que en este último caso lo español no sea más que una línea transmisora secundaria, y en el otro, una importación de soluciones, ni trascendentes ni perfectas.

En cambio, los americanos sajones, que se ocupan de nuestra arquitectura, a pesar de la sugestión de todos los arribismos europeos, de los que no es el más flojo el de los mercaderes artistas de tendencia hispanófoba, son los mantenedores del título español, siempre, en todas las fases del movimiento adaptador y en todos los capítulos de la adjunta investigación histórica. Se

llega a pensar si los imparciales juzgadores de nuestra civilización colonial, libres de rencores de independencia y de otras no muy serias estimaciones de superioridad, se han alojado en aquel país del Norte, en donde las aficiones hispánicas parecen hasta ahora, aun con sus errores, las más sinceras y las más científicamente estimadas. Y finalmente, el *estilo misiones*, denominándolo a la manera yanqui, se propaga intensamente, no sólo por los territorios de antecedente, sino por el resto de los Estados, con su séquito de artes menores, servidumbre de la Arquitectura, todavía en posibilidad, pero de un prometedor desarrollo, de consecuencia para nosotros incalculable. Podría demostrarse también cómo al calor de este renacimiento arquitectónico se estiman y enaltecen otras manifestaciones de nuestra producción artística pretérita y presente: la pintura decorativa, el mobiliario, etc.

En todo esto no aparece la intervención de los españoles. Después de la sorpresa de ver reflejada en ediciones y revistas, vibrando y propagándose con carácter nacionalista, una labor tan de nuestra competencia, hemos cruzado los brazos como testigos indiferentes; y sin embargo, en la aportación de nuestros arquitectos está su renovación, y sobre todo, su afianzamiento, ya que en más de un punto puede parecernos superficial.

Yo veo esta colaboración dentro de la órbita establecida por los americanos:

Importando: Los valores fundamentales que alimentan a los adaptadores son abastecidos por otros artistas compatriotas. Para lo de aquí, tanto en lo alto como en lo popular, generalmente pintores y dibujantes de estudio, algunos excelentes y conocidos, pero de temperamento bien contrario a lo que recolectan. Falta, además, la verdadera selección, sólo posible por el sentir de las formas con las que convivimos y de las que somos tan filiales, como de la naturaleza ambiente y de la heredada cultura.

Ordenando: pues sólo el conocimiento de todos los procesos de formación y de los apogeos, es decir, la educación en el propio arte, puede hacer desaparecer el confucionismo, que es una de las condenaciones de la adaptación.

Interpretando: las misiones y los barrocos de Nueva España no se han entregado todavía a la interpretación de nuestras juventudes. El alma de los maestros de las grandes catedrales meji-

canas y de los artífices de la misión no ha revivido aún en los que podrían ser sus sucesores, y aun no se ha producido el choque fecundo de las fuertes sensibilidades hispanas con las bellezas de alcornica de las ciudades y con las plebeyas ingenuidades de los antiguos campos virreinales.

Mas, a pesar de tanta promesa, y tanto esfuerzo, el movimiento hispanista de la arquitectura norteamericana, tal y como está planteado, y *tal como se desenvuelve*, tendrá un fin, lejano, pero fatal, por agotamiento, por extinción de sus propias formas.

Debemos aspirar a conservarlo a través de todas las mudanzas del porvenir. Esto podrá conseguirse, no de cara a lo pasado, sino de espaldas; y no por la repulsa, sino por la marcha segura y el rápido caminar de una evolución, al empuje de la tradición misma, puesto el pensamiento en una nueva arquitectura.

Creo en la posibilidad de una arquitectura universal con modalidades que, al anunciarse, no han sido repudiadas. Las novísimas tendencias van dejando de ser intransigentes, para admitir mandatos nacionales o raciales.

Sus principios estéticos comunes pueden ser realizados por expresiones peculiares, sin antecedente, pero cuya raíz habría que encontrar en lo que cada tradición tiene de inmutable.

Creo en la eternidad del espíritu hispano dominando un gran aspecto de la arquitectura americana del Norte y del Sur, y cuya transformación, por muy radical que sea, podrá conservar, sin detrimento de la modernidad, las propias características de las personalidades creadoras.

Sólo falta para esto la emigración de inteligencias y voluntades al servicio de tal propósito, y al cual no estorba el previo conocimiento de las arquitecturas pretéritas. Antes bien, ellas ofrecen a su inspiración y actividad las esencias fundamentales.

Seguramente no podrá brindarse a nuestros arquitectos misión más elevada que la de conquistar y conservar una eterna hegemonía artística en una cultura extranjera apta y propicia para ello. Y al Estado oficial, función más importante que la de amparar y proteger la realización de este ideal, para su propia grandeza.

MODESTO LÓPEZ OTERO.

Director de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.